

Con besos y señales

Con besos y señales

Becky Motto



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

©Becky Motto 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

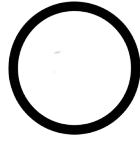
Primera edición: septiembre 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-82-7

*A todas aquellas personas que alguna vez
se han sentido extranjeras en su propia patria.*

Home is where the heart is – Elvis Presley



INTRODUCCIÓN

Ona

Querida yo del futuro:

Te escribo esta «nota» para recordarte que, por muy ridícula que sea la situación en la que te encuentres, ya has vivido otras mucho peores. Por ejemplo, la que estoy experimentando ahora mismo.

Al abrir los ojos, descubro que me encuentro en un lugar que no identifico. La habitación está pintada de color gris, con acabados de madera. Los muebles son minimalistas pero sofisticados. La lámpara, de diseño. Los rayos de sol se cuelan a través de la ventana, aunque no tengo ni idea de qué hora es. Tampoco es que me importe mucho, porque la cama en la que me he despertado es tan cómoda que podría dormir en ella varios días seguidos. Levanto el nórdico con discreción y veo que estoy prácticamente desnuda. Solo llevo unas braguitas de encaje de color rojo. Es raro, porque suelo dormir con más ropa. Las dos preguntas que me hago son las siguientes:

¿Dónde estoy?

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Descartada la hipótesis de que he viajado por el tiempo y ahora puedo permitirme una vivienda que en nada se parece al lugar en el que habitaba antes de quedarme dormida, paso a la siguiente: he sido secuestrada por una banda de crimen organizado y no voy a poder salir de este lugar a no ser que mi familia pague el rescate. La descarto también cuando soy consciente de que no tendría ningún sentido, entre otras cosas porque mi familia no tiene dinero. Me centro entonces en la más probable: ayer bebí más de la cuenta y, en algún momento, me lie con la persona propietaria de esta vivienda, a la que vinimos después para tomarnos la última, que nunca es la última.

Es entonces cuando se me viene a la mente esa pregunta terrible que anticipa que lo que viene a continuación es, con toda probabilidad, una situación absurda:

¿En qué momento?

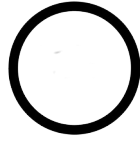
¿En qué momento me dio tal bajón emocional que empecé a llorar en público?

¿En qué momento me subí a la tarima y me puse a bailar reguetón?

¿En qué momento mi vagina se estrechó tanto?

¿En qué momento pensé que, de todos los tíos que existen en el mundo, era una buena idea acostarme con él?

Y así, poco a poco, es como voy recordando lo ocurrido.



CAPÍTULO 1

AEROPUERTOS Y SEÑALES

Ona

Dicen que madre no hay más que una. Pues menos mal, porque no me imagino cómo sería tener que aguantar a varias como la mía. La quiero muchísimo, pero es tan pesada... Y si ya lo es en general, cuando se trata de un viaje, mejor ni te cuento. Lo divertido en este caso es que ni siquiera es ella la que se va, sino yo. Sí, soy yo la que se muda a otro país, sola. Y eso es algo que a mi madre no le entra en la cabeza.

—Ona, cariño. ¿Tú estás segura de que quieres irte tan lejos? ¿No te estarás precipitando por lo de Marc?

Sí, esa es mi madre, la que siempre aprovecha cualquier ocasión para sacar el que parece ser su tema preferido. Aunque, pensándolo bien, ¿acaso habla de otra cosa? Desde que Marc y yo lo dejamos, se ha vuelto monotemática y aprovecha cualquier situación, por inoportuna que pueda resultar, para nombrármelo. Como si olvidarme de él no resultara ya bastante difícil de por sí.

Hace tres meses de nuestra ruptura y, desde entonces, no recuerdo un solo día que no lo haya mencionado. ¡Pobre ilusa de mí que pensaba que hoy iba a ser diferente! Y yo cojo aire muy lentamente, como me ha aconsejado mi terapeuta, y luego lo suelto más lentamente todavía antes de contestarle. Porque ignorarla no es una opción. Si no le respondo, seguirá bombardeándome a preguntas hasta que me acabe enfadando. Y no quiero enfadarme con ella justo antes del viaje.

—Mamá, por favor. Ya lo hemos hablado —respondo al fin, intentando mantener la calma.

Ella me mira muy seria y niega con la cabeza.

—Ay, Juan. ¿Qué hemos hecho mal? —dice, dirigiéndose a mi padre.

Lo que me faltaba por escuchar. Ahora va a resultar que es mi culpa. ¿No se supone que tus padres tienen que apoyarte de forma incondicional y todo eso? Su hija soy yo, no Marc. ¿Por qué entonces parezco la mala de la película? De verdad que no quiero enfadarme cuando estoy a punto de coger un avión, pero es que me lo está poniendo difícil.

—Mamá, para, por favor —le suplico.

Me falta muy poco para perder los nervios y no quiero montar una escena en el aeropuerto, rodeada de tanta gente, porque esto está a reventar.

—Tu madre está preocupada porque te vas muy lejos y te vamos a echar mucho de menos —interviene mi padre.

Vale, eso puedo entenderlo. Pero ¿de verdad es necesario sacar la carta de Marc? Como si fuera a funcionar.

—Mamá, no me voy a otro planeta. Varsovia está a tres horas de Barcelona —explico, como si no lo hubiera repetido ya varias veces.

—A tres horas en avión, hija. Es muy lejos —se queja—. Además, no me gustan los aviones. Me mareo. ¿No te podías buscar un

trabajo un poquito más cerca? En Francia, por ejemplo. A Francia podría ir en tren y...

—Mamá, déjalo, por favor —la corto.

No quiero tener que volver a explicarle que, con apenas tres meses de experiencia laboral —las prácticas del máster—, no estoy en posición de poder elegir destino. De todas formas, tampoco serviría de nada. Me da la sensación de que ni siquiera me escucha. Ella hace su propia interpretación de los hechos y, en su mundo de luz y de color, todas las empresas de Europa se pelean por contratarme. Nada más lejos de la realidad. De hecho, conseguir este trabajo ha sido para mí la mayor de las suertes. Que justo estuvieran buscando a alguien en Varsovia, que mi jefa me recomendara, que Joanna me eligiera... Pero parece que eso mi madre no lo entiende o no quiere entenderlo.

—Es que los aeropuertos son muy caóticos, hija. Lo mismo quiero ir a verte, me equivoco de avión y acabo en otra parte.

No sé si le ha afectado ver *Solo en casa* o si está de broma, pero por lo menos me ha hecho sonreír con su ocurrencia.

—Claro, te compras un billete a Varsovia, pero te subes en un avión que va a Sídney y así te sale mucho más barato —respondo con ironía—. Si eso fuera tan fácil, lo haría todo el mundo.

—Bueno, no subestimes a tu madre —interviene mi padre—. ¿No te acuerdas de cuando fue a ver a la tía Paqui a Málaga y perdió el avión estando en el aeropuerto tres horas antes?

Han pasado ya unos años y todavía sigo sin entender cómo es posible perder un avión estando en el aeropuerto tres horas antes. Pero el caso es que mi padre tiene razón: si hay alguien que puede liarla así, esa es mi madre.

—No te preocupes, mamá. Si para Navidad ya me tienes aquí.

—¿Para Navidad? ¿Es que no piensas venir antes? ¡Hija, que para Navidad todavía faltan tres meses! —se queja.

Tres meses, no tres años ni tres décadas. Tres meses. Es que a *drama queen* no le gana nadie.

—Mamá, no dramatices, por favor. Con lo rápido que pasa el tiempo, eso es pasado mañana.

—Pasa rápido cuando una está bien. Pero cuando una está mal... —replica.

No tengo muy claro si se refiere a mí o a ella, pero si se refiere a mí, he estado mucho peor. Y si se refiere a ella, lo superará. Seguro. Sobre todo, porque su hija preferida, es decir, mi hermana Aina, no se muda a ninguna parte.

—Tranquila, Puri, que ella va a estar bien. Ya verás —interviene mi padre—. ¿Acaso no lo ha estado hasta ahora?

Esa es una reflexión interesante. ¿Lo he estado hasta ahora? Supongo que de puertas para fuera mi relación con Marc era perfecta. Claro que de puertas para dentro estábamos de todo menos bien. Pero esto mis padres no lo saben porque nunca llegué a contarles lo que había ocurrido. La explicación oficial fue que no éramos compatibles y mi madre se quedó más desconcertada después de oírla de lo que ya lo estaba, que era mucho.

Desde luego, no ha ayudado el hecho de que toda mi familia adorara a Marc. Él siempre tan atento, tan educado, tan perfecto. Pues no, no era perfecto. No era perfecto en absoluto, como tampoco lo era nuestra relación.

—Ona, tú sabes lo que haces, pero yo creo que todavía estáis a tiempo de arreglarlo —continúa mi madre—. Todas las parejas discuten.

Mierda. He debido de invocar a Marc sin querer. O eso, o es que ocupa todos y cada uno de los pensamientos de mi madre. Me decanto más por la segunda opción. Aunque, no nos engañemos, también ocupa parte de los míos, por desgracia.

Me gustaría decirle que lo nuestro no tiene arreglo. Que si no lo hubiéramos dejado hace tres meses, lo haríamos más adelante y el daño sería mucho mayor. Pero ya no me quedan fuerzas.

—Tengo que irme —digo en cambio, mirando hacia el control de seguridad.

Y es entonces cuando mi madre empieza a llorar.

—Cuídate mucho, pequeña. —Me da un abrazo al que se une mi padre.

—Llámanos cuando estés instalada —añade este—. Voy a seguir tu vuelo en Flightradar24.

—Claro —respondo con una sonrisa mientras cojo mi mochila.

Avanzo a paso lento hacia el control de seguridad. No quiero girarme porque sé que, si lo hago, la que va a llorar voy a ser yo. Escaneo mi billete, se enciende una luz verde y la puerta se abre. Sigo avanzando con pasos lentos. No quiero girarme.

No quiero, pero lo hago. Y entonces veo a mi madre llorando a moco tendido y a mi padre abrazándola.

«Tú puedes con esto y con mucho más, Ona», me digo mientras hago un esfuerzo titánico para contener las lágrimas que amenazan con salir de un momento a otro.

Les digo adiós con la mano y continúo mi camino, dándoles la espalda. Y es entonces cuando se me caen un par de lágrimas traicioneras. Por suerte, mis padres eso no lo ven. Y es mucho mejor que sea así.

—¿Líquidos? ¿Portátil? ¿Tablet? —me pregunta el vigilante.

—Sí, voy —respondo, secándome las lágrimas con el dorso de la manga.

Separo todo lo separable y lo voy metiendo en distintas bandejas. Me quito el cinturón y la chaqueta y me dirijo al arco detector de metales, cruzando los dedos para que no pite. Es una tontería, pero odio que eso ocurra. Me hace sentir como una delincuente.

Parece que hoy no es mi día de suerte, porque lo hace.

—Quítate el calzado y ven por aquí —me dice la vigilante.

La sigo y me sitúo donde me manda, con los brazos abiertos y las piernas separadas, mientras ella me pasa un papel por las manos.

Cuando queda claro que no soy ninguna terrorista, puedo por fin recoger mis cosas. Afortunadamente, este método es menos agresivo que el cacheo que aplicaban antes y que yo odiaba con toda mi alma.

Todavía recuerdo mi primer vuelo con mis amigas. Como era de esperar, pité y se me acercó una vigilante que tenía una cara de enfado que no podía con ella. En cambio, su compañero me dedicó una sonrisa y me pareció muy mono. A puntito estuve de emocionarme demasiado y pedirle que me cacheara él.

No sé por qué estoy ahora pensando en esto. Meri, mi mejor amiga, me diría que necesito un «cacheo» con urgencia. Y me la imagino haciendo el gesto de las comillas.

A diferencia de mi madre, Meri sí me entiende. Lo que es una suerte porque, de lo contrario, me resultaría bastante difícil irme. Aunque fácil tampoco es que me esté resultando.

¿Y si mi madre tiene razón? ¿Y si me estoy precipitando? ¿Y si lo mío con Marc sí tiene arreglo?

«Todas las parejas discuten».

Sí, es cierto, pero no creo que todas las parejas hayan pasado por lo mismo que Marc y yo. Además, no he llegado hasta aquí para rendirme ahora, ¿no?

Aunque, por otro lado, nadie me conoce tan bien como Marc.

Me siento en uno de los asientos libres, cojo el móvil y le mando un wasap a Meri que consiste en tres señales de peligro:

Yo:



No necesito añadir nada más.

Cuando mi terapeuta me recomendó que buscara a alguien de confianza para mis momentos de debilidad, tuve claro que quería que esa persona fuera Meri. Ella aceptó y, desde entonces, cada vez que me entran dudas con respecto a Marc, le mando la señal de peligro. Es un código que tenemos. Si es un pensamiento aislado, le mando una. Si son varios, dos. Y si son muchos, como es el caso de hoy, tres.

Al principio no me despegaba del móvil hasta que Meri me contestaba y eso me generaba más ansiedad. Con el tiempo, he ido aprendiendo a gestionarlo y ahora el simple hecho de mandarle el mensaje es suficiente para que me sienta mejor.

Como no me contesta, intento distraerme imaginando cómo serán las vidas de las personas que me rodean. ¿Viajan por trabajo? ¿Van a visitar a su familia?, ¿a encontrarse con un/a amante?

A mí siempre me ha gustado viajar y si no lo he hecho mucho es porque no tengo suficiente dinero.

«Yo no me fío de la gente que viaja mucho. Seguro que huyen de algo», solía decir Marc.

Qué irónico, ¿no?

Vuelvo a mirar mi móvil, pero Meri sigue sin contestar, así que cierro los ojos e intento ahora centrarme en las conversaciones de la gente que me rodea.

Una voz masculina destaca sobre las demás.

—¡Qué guay, tío! Yo cada vez que veo un vuelo a Suecia, Dinamarca, Polonia... hay un montón de tías buenas en la cola. En cambio, en los vuelos nacionales son todas feas.

No me lo puedo creer. De todas las conversaciones que puede haber en un aeropuerto, ¿tiene que tocarme justo esta?

Estoy de espaldas y no veo quién es el que habla ni tampoco a quién se dirige, pero me alegra que su interlocutor no le siga el juego. Mi día ya es bastante triste sin tener que escuchar a un

imbécil hablar sobre el físico de las mujeres. Cuando creo que la conversación se ha terminado, el iluminado continúa.

—¡Qué suerte, tío! Yo es que nunca he salido de la península.

«Ya, eso no hace falta que lo jures», pienso. Y menos mal que no lo he dicho en voz alta.

Si de los que viajan mucho no nos podemos fiar, de los que no han salido de la península, menos todavía. O esa es mi conclusión.

Abro los ojos y veo a una chica hablando por teléfono.

—No, no lo sabía. Es la primera vez que vuelo con esa compañía y no sabía que tenía que pagar por la maleta.

La chica está visiblemente alterada y su tono de voz se eleva.

—¡Joder, Carlos! ¡Te estoy diciendo que te lo devuelvo!

La conversación con el tal Carlos no parece agradable, porque su tono de voz se eleva todavía más y su enfado es evidente.

—¿Cómo voy a dejar mi ropa en el aeropuerto? ¿Estás loco?

Vale, creo que lo he entendido. La chica, a la que vamos a llamar X, no tiene dinero para pagar el plus de la maleta y ha llamado a Carlos, que me imagino que es su novio, para pedirle un préstamo. Carlos no quiere hacérselo y le sugiere alternativas disparatadas.

La chica cuelga y hace otra llamada.

—Mamá, ¿podrías prestarme treinta euros para la maleta? Es que se los he pedido a Carlos, pero me dice que deje mi ropa en el aeropuerto. ¿A ti te parece normal?

No puedo oír lo que responde su madre, pero cruzo los dedos para que sea más razonable que su novio.

No es que a mí me sobre el dinero, pero si su madre no se los deja, me levanto y le doy yo los treinta euros con la condición de que lo deje con Carlos. Alguien que te trata así no se merece tu tiempo.

Por suerte, parece que su madre sí es más razonable —cosa que tampoco es difícil, pues lo de dejar la ropa en el aeropuerto es de traca—, porque, después de colgar, la chica hace otra llamada.

—No te preocupes, que ya me los deja mi madre. ¿Y sabes lo que te digo? Que no me llames más. Y ni se te ocurra venir a buscarme. Esto se ha terminado.

«¡Olé!», pienso, y hasta creo que se me escapa una sonrisa.

Si el de las tías buenas ya era un iluminado, a Carlos habría que proponerlo para Nobel por su brillante idea de dejar la ropa en el aeropuerto. ¿Se habrá parado a pensar que lo mismo la ropa vale más de treinta euros?

Sin duda, la chica ha hecho lo correcto al dejarlo. La vida es muy corta para perder el tiempo con un imbécil.

Yo siempre he creído que todo lo que pasa, pasa por algo. ¿Será que, a falta de respuesta de Meri, el universo me está mandando una señal para decirme que he hecho lo correcto al dejarlo con Marc?

¡Claro! Va a ser eso. Tiene que ser eso.

En esas estoy cuando me entra una llamada de Meri.

—¿Sí?

—¡Ona, *bonica*! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Dime, por favor, que a punto de embarcar.

—No te preocupes. Estoy bien —respondo intentando tranquilizarla—. Mi madre, lo de siempre. Y sí, estoy en el aeropuerto a punto de embarcar.

—¡Menos mal! Por un momento he pensado que habías decidido quedarte —dice aliviada—. A ver, repite conmigo: Marc es un imbécil y estoy mucho mejor sin él.

—Marc es un imbécil y estoy mucho mejor sin él —digo muy bajito.

—No te he oído.

—Meri, que estoy en el aeropuerto y hay mucha gente —me quejo.

—Me da igual, quiero que lo digas bien alto.

Como para no obedecer. Si no le hago caso, es capaz de plantarse aquí.

—¡Marc es un imbécil y estoy mucho mejor sin él! —exclamo mucho más alto de lo que debería.

Esto lo confirmo cuando algunas personas me miran.

—Me alegro —dice el chico que está sentado a mi lado con una sonrisa.

Ona: especialista en dar el cante.

—Eso está mucho mejor —comenta Meri con admiración—. Lo de tu madre no tiene nada que ver con Marc. Simplemente no quiere que te vayas y él es su comodín.

—El comodín y su amor platónico —matizo.

—Bueno, lo del amor platónico es porque todavía no ha conocido a Robert. En cuanto lo haga, se le pasa.

A pesar de que nos conocemos desde los cuatro años, es decir, desde hace casi dos décadas, Meri sigue teniendo la habilidad de sorprenderme.

—¿Quién es Robert? —pregunto intrigada.

—Tu nuevo novio —dice mi mejor amiga convencida.

—¿Qué? —exclamo, otra vez más alto de lo que debería.

El chico de al lado me mira con curiosidad.

—No conozco a muchos polacos y ese ha sido el primer nombre que me ha venido a la mente. Por Lewandowski —explica como si fuera lo más lógico del mundo—. Bueno, no tiene por qué ser polaco. Pero, vamos, que estadísticamente sería lo más probable.

Así es Meri y así hay que quererla. Y yo la adoro porque siempre consigue sacarme alguna sonrisa.

—Estás fatal, Meri. Por un momento he pensado que me habías buscado un novio falso para que mi madre deje de dar la brasa con lo de Marc.

Mi amiga se ríe.

—Pues como segunda opción no está mal, ¿eh?

—¿Y cuál es la primera? —pregunto. Y en ese mismo instante me arrepiento porque me da miedo oír su respuesta.

—¿Cuál va a ser, Ona? ¡Uno auténtico! Ya puestos, más guapo, más alto, más rubio y mejor dotado que Marc.

Me río. Es que lo dice tan convencida...

—Bueno, te dejo que embarcamos —digo al ver que la gente empieza a hacer cola en la puerta.

—Vale. Llámame cuando llegues. Buen viaje.

—Gracias. Por todo.

—No hay de qué. Un besazo. *Adéu* —se despide.

Cuando aparto la vista del teléfono, descubro que ahora la cola llega casi hasta los baños. ¿De dónde ha salido tanta gente en tan poco tiempo?

Me levanto y me dirijo al final de esta y entonces me entra otro wasap, pero en este caso no es de Meri, sino de Joanna, la coordinadora del departamento de español.

Joanna:

Hola, Ona.

¿Qué tal?

¿Llegas a la hora prevista?

Habíamos quedado en que me recogería en el aeropuerto, pero me pidió que le confirmara que no había ningún retraso.

Yo:

Hola, Joanna.

Bien. A punto de embarcar.

No hay ningún retraso, así que sí, nos vemos a la hora prevista.

Joanna:

¿Y puedes recordarme a qué hora era?

Su despiste me hace sonreír.

Yo:

A las siete.

Joanna:

Genial.

Pues allí nos vemos.

Buen viaje.

Yo:

Gracias.

Afortunadamente, el vuelo ha sido tranquilo y hemos aterrizado según la hora prevista. Como, además de la mochila también he facturado una maleta enorme, tengo que esperar para recogerla. Mientras tanto, cojo mi móvil para escribirle a Joanna y decirle que ya he llegado y enseguida salgo.

No tarda ni un minuto en contestarme que me está esperando en la zona de llegadas.

Cuando por fin llega mi maleta, la recojo y me dirijo a la salida, que no está muy lejos. Este aeropuerto no parece muy grande y supongo que esa es una ventaja porque será más fácil encontrar a Joanna.

Hemos hablado varias veces por videoconferencia, así que no debería ser un problema identificarla. Rubia, de pelo liso, ojos azules y sonrisa perenne. Siempre perfectamente maquillada y con una manicura impecable. No creo que este último dato sea de gran ayuda en un aeropuerto, pero es que es pensar en Joanna y se me vienen a la mente sus uñas. No puedo evitarlo.

Como no la veo, le mando un mensaje.

Yo:

Joanna, no te veo.

¿De qué color vas vestida?

Me contesta al momento.

Joanna:

Yo a ti tampoco.

Llevo una chaqueta negra.

Miro a mi alrededor y descubro que, así a ojo, más o menos un noventa y cinco por ciento de la gente que se encuentra en este aeropuerto va vestida de negro. Vale que el negro sea un clásico, pero ¿no hay más colores?

—¿Ona?

A mi espalda, una voz femenina dice mi nombre y, como no conozco a nadie más en este país, deduzco que se trata de Joanna. Sin embargo, cuando me giro, compruebo que es una señora que no se le parece en nada y que va tranquilamente hablando con el que deduzco que es su marido.

Es evidente que no se refería a mí. Tal vez se trate de otra Ona.

Como sigo sin ver a Joanna, decido que va a ser más productivo llamarla.

Contesta al tercer tono.

—¿Sí?

—Hola, Joanna. Soy Ona. Estoy junto a la puerta de llegadas, pero no te veo.

—Hola, Ona. Pues yo también estoy donde la puerta de llegadas y no te he visto salir. Qué raro. —Hace una pausa que me parece eterna antes de continuar—. Espera un momento. A ver si vas a estar en la otra puerta. Es que hay dos. —Eso lo explicaría todo.

Sin duda—. No te muevas de ahí. Ahora voy —concluye antes de colgarme.

Hago lo que me pide y me quedo donde estoy, mirando a mi alrededor mientras la gente se va yendo. No tengo ni idea de dónde está la otra puerta, pero no parece que este aeropuerto sea muy grande. ¿Será que es otra terminal? Eso explicaría lo que Joanna está tardando.

Cuando ya estoy planteándome si preguntar en información dónde está la otra puerta, Joanna me llama a través de WhatsApp.

—Ona. Estoy en la otra puerta y tampoco te veo. ¿Dónde estás?

—Pues no me he movido de aquí —respondo sin dejar de mirar a mi alrededor a ver si aparece.

—Sal del aeropuerto y, cuando estés fuera, dime qué ves.

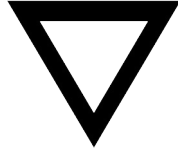
Obedezco y no tardo mucho en salir porque la puerta principal está a apenas unos metros.

—Pues... veo taxis, un aparcamiento, el cielo...

—¿Ves el cielo? —pregunta con un tono que denota preocupación.

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué pasa? —Ahora la que está preocupada soy yo.

—Ona, me temo que no estás en Varsovia.



CAPÍTULO 2

BODAS Y BRAGAS FUCSIA

Dawid

Creo que este viaje no ha sido buena idea y mucho menos en avión. La próxima vez —si es que la hay antes de Navidad, porque no lo tengo muy claro— iré en coche. Conducir me gusta y en cierto modo me relaja porque mientras lo hago no me permito pensar.

Me he tomado una copa con la esperanza de dormirme o, por lo menos, relajarme. Pero no ha funcionado y aquí estoy otra vez pensando. ¿Ha sido una buena idea venirme o debería haberme quedado?

Cojo mi maleta de mano, salgo del aeropuerto y me dirijo a la salida en busca de un Uber. Afortunadamente, no tengo que esperar mucho. El conductor se apresura a abrir el maletero y, en cuanto ha acomodado mi equipaje, le doy el código e intento relajarme por enésima vez.

—Estamos teniendo buen tiempo, ¿eh? —comenta—. Dicen que este ha sido el septiembre más caluroso de los últimos cien años.

Lo que me faltaba. El típico conductor aburrido que quiere conversación. ¡Cómo odio a la gente que habla sin parar! No soporto esa necesidad que sienten algunas personas de rellenar silencios con conversaciones absurdas. ¿De verdad cree que no tengo otras preocupaciones más importantes que esa?

—Ajá —contesto, solo por no ser maleducado, pero cruzo los dedos para que no siga hablando.

Parece que no ha pillado la indirecta porque sigue hablando incluso con más energía. Justo la que yo no tengo.

—Con esto del cambio climático, ya se sabe —continúa—. Usted es joven y no lo recordará, pero cuando yo era niño, los veranos eran muy distintos. ¡Y los inviernos! ¡Los inviernos no tenían nada que ver con los de ahora, que casi no hay nieve! Ahora el tiempo está loco.

Loco me voy a volver yo como siga así. Que se calle ya, por favor.

No le respondo, con la esperanza de que entienda de una vez que no tengo ganas de charla. Hace un rato que he desconectado, pero él sigue hablando a saber de qué.

—¿No le parece? —me pregunta.

No tengo ni la más remota idea de lo que está contando, pero ya me da igual ser educado o no. Lo que quiero es que se calle.

—Perdone, ¿le importaría guardar silencio, por favor? Tengo un dolor de cabeza terrible —me oigo decir, y ni siquiera me importa si ha sonado demasiado brusco. Con un poco de suerte no volveré a ver a este señor. Le deseo una feliz vida, no obstante, lejos de mí.

—Vaya, lo siento. Claro —responde un tanto cortado.

Por fin: silencio.

El resto del trayecto es mucho más llevadero. Y aunque cierro los ojos e intento relajarme, no lo consigo. ¿Qué cojones estoy haciendo con mi vida? A nivel laboral, tengo que lidiar con un montón de proyectos prácticamente solo, y a nivel personal... A

nivel personal todo es una mierda y que Julia y mi madre no tengan otro tema de conversación que no sea la dichosa boda, no ayuda.

Entiendo que les haga ilusión. A mí también me la hace. Lo que no entiendo es que tengan que estar las veinticuatro horas del día hablando de la maldita boda: el vestido, el peinado, las flores, los regalos, la música y un montón de gilipolleces más que ni recuerdo —o puede que mi cerebro las haya borrado automáticamente por lo absurdas que eran—. Además, ¿tanto rollo con la organización para unas cuantas horas? En mi opinión, no compensa.

Puede que me esté volviendo muy insensible, pero es que escucharlas hablar de la boda un fin de semana entero me ha dejado agotado. Si llego a quedarme un día más, me suicido. Mi desesperación era tal que hoy me he ido al aeropuerto nada más terminar de comer para no aguantarlas. No me gustan una mierda los aeropuertos, sin embargo, pasar más rato con ellas en tales circunstancias no era una opción.

Las quiero mucho, pero eso no quita que sean muy pesadas. Se han vuelto monotemáticas. Ninguna se ha tomado la molestia de preguntarme qué tal estoy. La boda es un puto agujero negro que hace desaparecer todo lo demás. Estoy deseando que llegue el día siguiente para que todo termine y volver a la normalidad.

Y para eso faltan todavía cuatro meses, porque a Julia se le ocurrió la original idea de casarse en enero. ¿Quién coño se casa en enero?

Pero lo más grave no es tener que oírlas hablar sobre la boda, sino que yo también tengo que ocuparme de algunos asuntos relacionados, como por ejemplo la logística de la despedida, porque a la señorita se le ha antojado celebrarla por todo lo alto. Total, que estoy jodido.

Estoy deseando llegar a casa, darme un baño y dormir del tirón hasta mañana a las ocho.

Por fortuna, ya hemos llegado a mi edificio. El conductor para justo en la entrada y yo me bajo mientras él hace lo propio para abrir el maletero y sacar mi equipaje.

—Buenas noches —me despido, tras recoger mi maleta.

Puede que no me guste hablar del tiempo y otras gilipolleces del estilo, pero sigo teniendo modales.

—Buenas noches. Muchas gracias —responde él, subiéndose de nuevo al Uber.

Marco el código de seguridad, abro la puerta y entro. Tras deseárselo buenas noches al portero, me dirijo al ascensor.

Cuando se detiene en la última planta, salgo y me dirijo a la puerta de mi piso mientras busco las llaves. ¡Mierda! ¿Dónde las he metido?

Reviso los distintos bolsillos, pero no aparecen. ¿Y si me las he dejado en casa de mis padres? O, lo que es peor: ¿y si las he perdido por el camino? A lo mejor se me han caído en el Uber.

Intento hacer memoria a ver dónde he podido dejarlas, pero estoy tan agotado que mi cerebro parece no funcionar eficientemente. Se me ocurre entonces abrir la maleta. No recuerdo haberlas metido ahí, pero por si acaso. Respiro aliviado cuando las encuentro en el bolsillo de los pantalones que llevaba el viernes.

Me dirijo a la puerta y meto la llave en la cerradura. La puerta se abre y me siento mucho más relajado. No diría lo de «hogar, dulce hogar» porque todavía no me he acostumbrado a mi nueva vida y, en este momento, me siento como si estuviera en una especie de extraño limbo. ¿Es este en realidad mi hogar?

Aquí es donde vivo desde que me vine a Varsovia hace un mes y, a nivel técnico, no podría estar más satisfecho. El edificio es nuevo y tiene el tamaño perfecto: lo suficientemente grande como para tener privacidad, pero lo suficientemente pequeño como para no sentirme parte de un hormiguero. En cuanto al piso, la distribución es perfecta para mi gusto. No podría ser más funcional que, a fin

de cuentas, es de lo que se trata. Además, está decorado con un estilo moderno, sencillo y elegante.

Julia, que es arquitecta interiorista, dice que le falta algo de vida, que ella lo dejaría mucho mejor. No lo dudo, porque si algo se le da bien es precisamente eso: llenar de vida espacios que no la tenían. Solo que, en este caso, lo veo innecesario. Este piso ya tenía vida, por lo menos para mí. Ahora bien, aunque aquí me siento muy a gusto, a día de hoy llamarle «hogar» todavía me cuesta. Tal vez con el tiempo la cosa mejore. Eso espero.

Entro feliz, esperando encontrar la calma que tanto he ansiado. Pero en vez de eso, oigo música.

De nuevo, intento hacer memoria a ver si el viernes me dejé la tele encendida, pero entonces recuerdo que me fui directamente al aeropuerto desde la oficina.

Cuando entro en el salón, compruebo que la televisión está apagada. Entonces, ¿de dónde demonios viene la música? ¿Serán los vecinos de abajo? ¿O los de al lado?

A lo mejor resulta que simplemente me estoy volviendo loco.

Dejo la maleta, me descalzo y me dirijo al cuarto de baño para preparar la bañera.

Entonces, la puerta del dormitorio se abre y alguien sale.

—¡Uy! ¡Qué susto! —exclama la chica que se encuentra frente a mí.

Mirarla es inevitable porque lleva puesta una camiseta de tirantes blanca —aunque más que blanca parece transparente— y unas bragas de algodón rosa fucsia.

—¿Perdona? —consigo decir, en medio del *shock*, y es que necesito una explicación porque no entiendo cómo he terminado en medio de esta escena.

Es rubia, de pelo largo y está terriblemente despeinada. No hace falta ser un genio para deducir el motivo. Me mira con sus enormes ojos claros y me dedica una sonrisa amable, aunque algo

cohibida. Supongo que por la situación. La verdad es que es guapa, pero parece muy joven. Quiero pensar que tiene más edad de la que aparenta. El caso es que su cara me resulta conocida, aunque no sabría de qué.

—Hola. Qué pronto has llegado, ¿no?

Quien me saluda no es la chica, sino Tomek, el impresentable que tengo por mejor amigo, que acaba de salir del dormitorio en gayumbos.

—Te dije que llegaría sobre esta hora —contesto cortante.

—Es que... no sabía que era tan tarde. Lo siento, tío —se disculpa al tiempo que se mesa el cabello.

No, el que lo siente soy yo: el haberle dejado las llaves de mi piso. Se suponía que solo tenía que cuidar de Bagheera, pero en vez de eso se ha tomado lo de «estás en tu casa» al pie de la letra y se ha traído a una tía cuyo nombre lo más probable es que ni recuerde para tirársela en *mi* cama. Lo que me faltaba para terminar el día.

—¿Dónde está Bagheera? —pregunto, fulminándolo con la mirada.

—Pues... en el salón —responde sin demasiada convicción.

Les doy la espalda y desando mi camino hacia el salón, centrando la poca energía que me queda en encontrar a mi gata y no en darle un puñetazo a él. Ni siquiera me tomo la molestia de presentarme. ¿Para qué? De todas formas, Tomek no va a volver a quedar con ella, así que lo más probable es que no vuelva a verla en la vida. Sé que la chica no tiene la culpa, pero de todas las opciones que se me ocurren, alejarme en silencio es la menos violenta porque, si hablo, no será para decir nada agradable.

—Bueno, yo casi que me voy —comenta la chica.

Estoy por aplaudir. Esa es la frase más sensata que he oído en todo el día.

Tomek dice algo en voz baja que no logro escuchar, aunque tampoco es que me importen mucho sus gilipolleces en este momento.

Busco a Bagheera por todo el salón, pero no la encuentro. No está en su casa, ni tampoco en el sofá, lo que explica que no haya venido a recibirme nada más abrir la puerta, como hace siempre.

La otra opción es que esté en el baño, así que me dispongo a buscarla allí. Pero antes de que pueda cumplir mi propósito, la chica —ahora ya completamente vestida con unos vaqueros y una chaqueta negra— aparece de nuevo en escena, seguida de Tomek.

—Adiós, Tomus —dice, lanzándole un beso mientras se acerca a la salida.

—Adiós, preciosa —responde este.

Que se dirija a ella con el adjetivo «preciosa» no hace sino confirmar mis sospechas. El muy cabrón ni siquiera recuerda cómo se llama.

—Encantada —añade, mirándome ahora a mí. Y después desaparece tras la puerta.

No sé en qué momento se me ocurrió pensar que dejar a Tomek encargado de la custodia de Bagheera era una buena idea cuando es evidente que es incapaz de ocuparse de nada que no tenga relación con su polla.

—Puedo explicarlo —intenta quitarle hierro al asunto, levantando las manos en señal de inocencia—. Es...

—Tomek, no —lo corto antes de que diga alguna gilipollez que agote mi paciencia y acabe dándole un puñetazo que, por otra parte, sería más que merecido—. Me trae sin cuidado a quien te folles. Solo dime dónde está Bagheera y lárgate antes de que diga o haga algo de lo que luego me arrepienta. —Su rostro se vuelve serio, pero no dice nada—. ¿No me has oído? ¿Dónde está Bagheera? —insisto, elevando el tono de voz.

—Tranquilízate, vale. Bagheera no ha salido de aquí. Todas las puertas y ventanas están cerradas —responde al fin con tono conciliador.

—¿Que me tranquilice? Tiene cojones la cosa —digo, negando con la cabeza—. Tomek, tenías una única tarea de la que ocuparte, que era cuidar de mi gata y, cuando llego, resulta que no sabes dónde está.

—Pst, pst —dice caminando en dirección al baño.

Este tío es la hostia. ¿De verdad pretende que Bagheera responda a esa mierda de onomatopeya? Más bien parece un camello de poca monta intentando llamar la atención de sus potenciales clientes. Una vez más vuelvo a pensar que nunca debí dejar a mi gata en manos de tal demente.

—Psst, psst. Bagheera, bonita. Psst, psst —continúa mientras yo me siento en el sofá y me pregunto si el camello habré sido yo en otra vida y el karma ha decidido castigarme.

Cierro los ojos por un momento, intentando relajarme, y pienso en lo importante que se ha vuelto Bagheera en mi vida a pesar de que llegara a ella de casualidad.

Me la encontré poco después de mudarme a Varsovia, un día que volvía de correr. Aunque intenté librarme de ella, se las ingenió para seguirme hasta el portal. Entonces empezó a frotarse contra mis piernas y, como no llevaba ningún tipo de identificador, decidí adoptarla temporalmente. Con esos ojos amarillos y ese pelo negro, no podía llamarla de otra manera.

Lo de temporalmente acabó convirtiéndose en casi un mes, aunque a mí me da la sensación de que lleva conmigo mucho más tiempo. No sé, supongo que tenerla aquí hace que me sienta menos solo. Ahora ya me he acostumbrado a sus maullidos y a que me despierte subiéndose a mi pecho.

—¡Miau!

No puede ser. ¿El método de Tomek funciona?

—Aquí la tienes —dice el susodicho con Bagheera en su regazo.

La deja en el sofá, justo a mi lado, y ella se me acerca e intenta subirse a mi hombro.

—Estaba en el dormitorio. Ha debido de colarse cuando... —
Hace una pausa—. Ya sabes.

Por suerte para él, acariciar a Bagheera me relaja muchísimo. Es tan suave. Eso hace que mi enfado se reduzca.

El que, a pesar de todo, sigue siendo mi mejor amigo, se sienta a mi lado.

—Puedo explicarlo —insiste convencido.

—Tomek, déjalo. No quiero oír tus explicaciones ni tampoco las necesito. Sé sumar dos más dos y sé perfectamente lo que ha pasado.

—No es lo que parece —insiste, con una sonrisa.

Puede que ese método le funcione con las tías, pero yo lo conozco desde hace muchos años.

—Ah, ¿no? ¿Ahora me vas a decir que es tu prometida y os casáis en enero? —pregunto con ironía—. Porque, francamente, no tiene pinta. Por mí puedes follarte a todas las tías de Tinder que te apetezca. Ahora bien, si vas a hacerlo en mi casa, por lo menos ten la decencia de asegurarte de que se vayan antes de que yo llegue.

—No es de Tinder —replica—. En realidad, es...

—¡Que me da igual! —lo corto.

—Es tu vecina —dice con una sonrisa forzada.

Dejo a Bagheera con cuidado en el sofá, me levanto y me dirijo a la isla de la cocina para coger un vaso de agua. En realidad, necesitaría algo más fuerte, pero no me apetece despertarme mañana con resaca. Sobre todo, teniendo en cuenta la de trabajo que me espera.

Bebo con calma e intento tranquilizarme antes de dirigirme de nuevo a él:

—A ver, explícame eso de que es mi vecina porque no estoy seguro de haberlo entendido bien.

Tomek se pone en pie y se acerca.

—Coincidimos en el ascensor, empezamos a hablar y... —Hace un gesto con la mano que no entiendo, o a lo mejor es que no lo

quiero entender—. Y una cosa llevó a la otra. Ya sabes. Además, fue ella la que me entró a saco.

Vale, eso explica que me sonara su cara. He debido de verla en el edificio, aunque no creo que hayamos intercambiado más de dos palabras. No se encuentra entre mis aficiones hablar del cambio climático en el ascensor, aunque parece que entre las de Tomek sí.

Lo que no consigo entender es cómo este cabrón tiene tanto éxito con las mujeres sin hacer el más mínimo esfuerzo. Pero no es eso lo que más me irrita. Lo que más me irrita es que no tenga límites. Seguro que no se le ha ocurrido pensar que ahora voy a tener que cruzarme a la tía de las bragas de color fucsia en las zonas comunes.

Menos mal que, por lo menos, no me he comportado como un energúmeno. Que no he sido muy cordial está claro, pero la cosa podría haber sido mucho peor.

A partir de ahora usaré las escaleras. Por lo menos durante un tiempo.

Estoy a punto de echar a Tomek de malas formas hasta que se me pase el cabreo, cuando llaman al timbre.

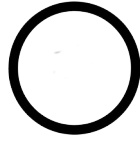
—¿Y ahora quién es? ¿Has quedado con otra? —le espeto con tono acusador.

—Tío, ¿por quién me tomas? —se defiende, haciéndose el indignado.

—Será mejor que no conteste a eso —digo mientras me dirijo a la puerta.

Cuando abro, veo que no es otra, sino la misma: la chica de las bragas fucsias.

—Hola otra vez —dice con una sonrisa forzada que contrasta con mi gesto serio—. Perdona, es que me he dejado los apuntes y tengo examen mañana.



CAPÍTULO 3

COL Y FELICIDAD

Ona

—¿Cómo que no estoy en Varsovia? —pregunto desconcertada.

Se me viene a la mente mi madre y su disparatada ocurrencia de subirse en el avión equivocado, solo que en este momento ya todo me parece posible.

—Me refiero a que no estás en el aeropuerto de Chopin, sino en Modlin, que está a cuarenta minutos de Varsovia —contesta por fin Joanna.

Respiro aliviada al descubrir que no es que haya aterrizado en otro país, sino que en Varsovia hay dos aeropuertos: uno que está en la capital polaca y el otro que no lo está, pero lo venden como Varsovia igualmente. Poco se habla de la importancia de comprobar el número y nombre de los aeropuertos de las ciudades a las que se viaja. Me conozco la teoría, pero no la aplico. Pensé que, teniendo más o menos la cantidad de habitantes que Barcelona, lo lógico sería que tuviera también el mismo número de aeropuertos. Es evidente que mi lógica no funciona. Esto ha sido el karma por

haberme burlado de mi madre. Seguro. El karma tiene muy mala leche y hace tiempo que me la tiene jurada.

—Ona, ¿sigues ahí? —pregunta Joanna, sacándome de mi ensimismamiento.

—Sí, sí —respondo—. Perdona. Pensé que solo había un aeropuerto.

—La culpa ha sido mía, que soy un desastre. Di por sentado que llegabas al de Chopin. Normalmente toda la gente de la empresa viaja desde Chopin y... Lo siento —se disculpa.

—No, Joanna, no ha sido culpa tuya. ¡Solo faltaba!

Es un ángel. Me ha ayudado absolutamente con todo: el traslado, la documentación, el alojamiento y también se ha ofrecido a venir a recogerme al aeropuerto a pesar de ser domingo. De ninguna manera puedo permitir que se sienta responsable de este estúpido error con el aeropuerto. Si alguien ha metido la pata hasta el fondo, he sido yo.

—Ona, puedo ir a buscarte, pero voy a tardar casi una hora. Puede que más, dependiendo del tráfico —se lamenta.

—No, Joanna, no te preocupes —me apresuro a responder—. Me cojo un taxi y nos vemos delante del hotel. ¿Te parece?

Tarda en contestar. Creo que está valorando las distintas opciones. ¿De verdad está valorando venir a buscarme? Tardaríamos mucho más. Es absurdo.

—Vale —responde al fin—. Luego le pedimos al taxista una factura. ¿Tienes la dirección?

Me da la sensación de que no se fía de mí, y lo entiendo. Yo tampoco me fiaría mucho de alguien que no sabe ni a qué aeropuerto vuela. Tendré que pedirle que, por favor, no lo comente con nadie más de la empresa porque no creo que vaya a dar muy buena imagen.

—Sí, sí, la tengo anotada.

—Bien. Es que no todos los taxistas hablan inglés —añade un tanto preocupada.

Vale, parece que de quienes no se fía Joanna es de los taxistas.

—No te preocupes. Me las apaño —digo con una sonrisa que, a pesar de que estamos hablando por teléfono y no nos vemos, seguro que puede notar.

—Pues te espero delante del hotel, entonces. Hasta pronto —se despide, y me la imagino sonriendo a pesar de este pequeño inconveniente con el que ninguna de las dos contábamos.

¿Será esta otra señal del destino? Porque, si es así, no acabo de entenderla. Las del Prat estaban más o menos claras, pero esta debe de ser más complicada. Tal vez la complejidad de las señales sea inversamente proporcional al nivel de conocimiento de la lengua y cultura en la que se insertan. Como en Barcelona me oriento bien, las señales me parecen simples. En cambio, aquí, que estoy más perdida que un pulpo en un garaje, no consigo descifrarlas.

Me dirijo al primer taxi y le muestro la dirección al taxista, un señor que calculo que tendrá la edad de mi padre. Me hace una pregunta. Ni que decir tiene que no entiendo nada y esto puede parecer lo más normal del mundo, teniendo en cuenta que no he estudiado polaco en mi vida, pero a mí me frustra. Vale, no hablo nada de polaco, pero sí domino otros idiomas. No sería tan raro entender algo, ¿no? Alguna palabra suelta internacional tipo: taxi, hotel... Pues no. Cuando digo que no entiendo nada es que, literal, no entiendo nada. Tanto ha podido preguntarme si tengo dinero en efectivo como si llevo un cadáver descuartizado en la maleta.

Prefiero no arriesgarme y respondo con cara de póker que no hablo polaco, que esa frase sí la sé decir:

—*Nie mówię po polsku.*

Efectivamente, la profecía de Joanna se cumple, porque cuando le pregunto si habla inglés, responde «*Nie*» negando con la cabeza. A continuación, se dedica a seguir hablando en polaco, pero acompañando su discurso de gestos, y eso sí lo entiendo. El primero, el del pulgar hacia arriba, vendría siendo una especie

de «No te preocupes, que podemos comunicarnos». El segundo, para coger la maleta, sería algo como «Incluso si llevas un cadáver descuartizado, no hay problema». Y el tercero, para que me suba al taxi, es claramente un «Ponte cómoda y abróchate el cinturón que tenemos una hora de viaje». Conclusión: tengo que aprender polaco ya. No tanto porque me puedan estafar, que creo que ese es el mayor miedo de Joanna, sino por otra razón mucho más lógica —por lo menos para mí—: ¿Y si resulta que es este hombre el portador de mis señales?

Como es de noche, no me fijo demasiado en el paisaje, pero tampoco creo que haya mucho que ver por esta zona, la verdad. En vista de que comunicarse conmigo por gestos mientras conduce es un poco complicado, el taxista ha optado por poner música.

Aprovecho el viaje para llamar a mis padres y decirles que ya estoy en Varsovia. Técnicamente no lo estoy todavía, pero ¿para qué preocuparlos sin necesidad? Si le digo a mi madre que he llegado a un aeropuerto que no sabía ni que existía, le da algo. Pero, incluso si se lo toma bien, esta anécdota no haría sino dar alas a su teoría de que los aeropuertos son lugares muy complicados y un «Te lo dije» es lo último que necesito en este momento.

En su lugar, la explicación que le doy de por qué voy en taxi es que Joanna no ha podido venir a buscarme al aeropuerto, pero que nos vemos en el hotel. Tampoco es que sea una mentira con todas las letras, yo diría más bien que es una mentira a medias. Además, seguro que a Joanna no le importa, entre otras cosas porque no va a enterarse.

Me hace gracia que me pregunte si hace frío y la verdad es que no me ha dado esa sensación, pero tampoco estoy muy segura. No he pasado mucho tiempo fuera ni he prestado atención porque he estado más pendiente de buscar señales que de la temperatura. Pero eso tampoco se lo digo. Me limito a contestar un «No, se está bien» que suena sincero.

Tras prometerle que vamos a hablar a menudo, cuelgo y llamo a Meri, como también le había prometido. Las preguntas de esta última no tienen nada que ver con las de mi madre: si tengo todavía el culo de una pieza, si me siento feliz y si son altos los polacos. Mi respuesta es «creo que sí» para las tres preguntas, porque no he tenido ocasión de plantearme en serio ninguna de ellas. Es verdad que he viajado en aviones más cómodos, pero también he hecho viajes de veinte horas en autobús, así que mi culo está acostumbrado. En cuanto a si me siento feliz, es cierto que lo de la equivocación de aeropuerto me ha hecho entrar en pánico por un momento, pero afortunadamente ahora ya estoy de camino al centro, así que lo peor ha pasado. O eso espero. Por último, no tengo la certeza de que todos los pasajeros del avión sean polacos, pero creo que la media es más alta que en España. Si hay alguien capaz de juntar tres preguntas sin aparente conexión y conseguir que la tengan, esa es Meri.

Cuando cuelgo, ya hemos llegado al centro de Varsovia. Al final, el trayecto no se me ha hecho tan largo como esperaba. Puede que Joanna haya exagerado. Yo creo que hemos tardado bastante menos de una hora. Puede también que se me haya pasado rápido porque he estado entretenida hablando con mis padres y Meri. Sobre todo, esta última, que tiene cuerda para dar y tomar.

En general, hay mucho tráfico, mucha gente y un color... diferente, no sé muy bien cómo explicarlo.

El taxista aparca delante del hotel y dice algo en polaco que, por supuesto, tampoco entiendo, aunque supongo que será algo tipo «Hemos llegado». Luego, señala el hotel y entonces veo a Joanna, que viene hacia nosotros. El taxista me hace otra pregunta que supongo que es si voy a pagar en efectivo o con tarjeta. Esto lo deduzco porque señala el taxímetro. Ahí ya no hay margen de error.

En ese preciso instante aparece Joanna, con una chaqueta negra y tan rubia y sonriente como por videoconferencia. Se dirige al

taxista y empieza a hablarle en polaco, supongo que para pedirle que nos haga una factura.

Conseguimos nuestro objetivo y entramos en el hotel. Hay quien dice que los polacos son fríos, pero Joanna no encaja para nada en ese estereotipo. Primero, porque antes de que yo hubiera decidido cómo saludarla, me ha plantado dos besos sonoros en las mejillas muy al estilo español. Cosa que agradezco porque lo de dar la mano, que era la opción que estaba valorando, me parece demasiado frío. Segundo, porque se ha empeñado en llevarme la maleta, argumentando que yo con la mochila ya tengo suficiente cuando ambas sabemos que eso no es cierto.

Es inevitable no fijarse en sus uñas, con esa manicura impecable. Lleva una base de color granate con dibujos de flores rosa palo, pero lo que más me llama la atención es que son kilométricas. No sé ni cómo es capaz de escribir —o de llevar una vida normal, en general— con ellas. Por lo menos para mí, que me las muerdo, son imposibles. Aunque, tal vez un poco más cortas... En algún momento tengo que preguntarle dónde se lo hacen porque me parece una auténtica obra de arte.

La recepcionista nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando le muestro mi DNI, continúa su explicación sobre cómo llegar a mi habitación, la contraseña para el wifi y el horario del desayuno en español, y la verdad es que lo habla bastante bien. Por lo que Joanna me ha dicho, es un idioma muy popular en Polonia. Supongo que es una forma de búsqueda de equilibrio para compensar las escasas dotes lingüísticas del taxista. ¿Será esta la señal?

—Te espero aquí mientras dejas tus cosas y luego vamos a cenar algo y te explico algunas cuestiones para mañana —dice Joanna, tan sonriente y organizada como de costumbre.

—Muchas gracias, Joanna —le respondo con otra sonrisa, y de verdad me siento feliz de poder contar con su ayuda. Todavía me cuesta creer que exista gente tan amable.

—No hay de qué —dice intentando restarle importancia.

No me paro mucho a inspeccionar la habitación porque tengo hambre, pero se ve impecable y es bastante grande. La cama es doble, por lo que voy a estar muy cómoda. El único *defecto* es que el baño no tiene bañera, pero tampoco voy a ponerme exigente a estas alturas. Con la ducha es más que suficiente.

Cuando bajo, Joanna me está esperando sentada en el sofá del vestíbulo mientras ojea su teléfono móvil.

—Ah, ¡qué rápida! —exclama al verme—. He reservado mesa en un restaurante muy popular que hay aquí cerca porque los fines de semana sin reserva puede ser complicado.

—Pues muchas gracias —respondo fascinada ante la capacidad de organización de esta chica.

Me llama la atención que las calles estén tan humanizadas, es decir, hay muchos árboles, bancos y, en general, bastante espacio para los peatones, aunque también hay carril bici por el que circulan algunos patinetes eléctricos. Ella está de acuerdo, dice que la idea es reducir el tráfico en el centro, aunque no es un objetivo fácil. Otra cosa que me llama la atención es que las calles estén tan limpias, y para esto Joanna no tiene respuesta. Pues una de dos: o tienen un equipo de limpieza muy eficiente o la gente es muy civilizada y no ensucia las calles. Tal vez la clave esté en la combinación de ambas.

—Mira, ese es el Palacio de la Cultura —dice Joanna señalando el imponente edificio que se encuentra frente a nosotras—. El regalo de Stalin —añade.

Y yo me quedo mirándolo sin saber muy bien qué decir.

—A muchos polacos no les gusta precisamente por eso, aunque el edificio es muy práctico. Además de la terraza con vistas a la ciudad, tiene también varios teatros, museos, un cine, restaurantes, cafeterías e incluso una universidad.

—¡Qué curioso! —exclamo—. A mí sí me gusta. Es como una mezcla entre el Empire State y la Giralda.

Joanna se ríe y, a continuación, seguimos andando.

El restaurante no está muy lejos y llegamos en nada. La temperatura es agradable: ni frío ni calor —la información que le he dado a mi madre es correcta— y no me importaría pasear un poco más por estas calles, pero la verdad es que tengo un hambre terrible. No sé a qué, pero huele muy bien, lo que hace que mis tripas empiecen a rugir.

El camarero comprueba la reserva y, a continuación, nos acompaña a nuestra mesa y nos trae la carta que, por suerte, está también en inglés. Joanna me recomienda que pida el plato típico nacional: *pierogi*. Hasta ahí parece fácil, ¿verdad? Pues bien, no lo es. Resulta que hay tropecientos tipos de *pierogi*, salados y también dulces, aunque esta última opción queda totalmente descartada. Al final, tras darle muchas vueltas, me decanto por los de col y setas, entre otras cosas porque soy vegetariana.

—Muy buena elección. Yo voy a pedir lo mismo —comenta Joanna—. Si te gusta la col, aquí vas a ser muy feliz.

Se supone que debería alegrarme ante ese comentario, pero, en vez de eso, me inquieto. En primer lugar, porque no sé si me gusta la col. ¿Me gusta? Hasta ahora nunca me lo había planteado. Y, como yo, me imagino que miles de personas. Y, en segundo lugar, otra como Meri. La gente está un poco pesada con lo de ser o estar feliz, ¿no? O puede que sean justo ellas dos las locas de la felicidad. Meri porque, por deformación profesional —y personal un poco también—, es una friki de la psicología positiva. Y Joanna porque toda ella, con esa sonrisa perenne, irradia felicidad. Sí, esta es la señal: col y felicidad. Y si no lo es, me da igual, porque como mantra no tiene precio.

—¿«*Kapusta*» es «col»? —le pregunto con genuina curiosidad. Si va a ser mi mantra, tendré que pronunciarlo bien, ¿no?

—Sí —responde—. Una palabra muy útil.

—¿Y cómo se dice «felicidad»? —añado, más que nada para tener el mantra completo.

—¿«Felicidad»? —pregunta Joanna un tanto sorprendida, seguramente por la relación que he establecido entre dos términos tan dispares. Aunque, en realidad, ha sido ella la que los ha puesto juntos en una misma frase. Meri lo hace con las preguntas y Joanna con las palabras. Aquí a friki no se salva nadie—. *Szczęście*.

—¡¿Cómo?! —pregunto, o exclamo, no lo tengo muy claro, porque eso ha sonado como una radio estropeada en busca de conexión—. ¿Lo puedes repetir?

—*Szczęście* —dice, ahora más despacio. Y esta vez suena como una radio estropeada en busca de conexión y con poca batería.

Esto... lo mejor será que cambie de mantra. Y en cuanto a la pregunta de si es difícil ser feliz, la respuesta es que en polaco sí.

Puede que el hambre que tengo ayude un poco. Tal vez el hecho de que sea algo nuevo para mi paladar hace que los aprecie más. Ni idea, pero mi conclusión es que estos *pierogi* me parecen el más exquisito manjar de todo el universo conocido. Y, ya puestos, del desconocido también, porque dudo que exista algo más sabroso.

—¡Madre mía, esto está riquísimo! —exclamo, y ahora sí tengo claro que es una exclamación y no una pregunta.

—Me alegro —dice ella con una amplia sonrisa. Cuando terminamos, el camarero nos pregunta si queremos postre, pero yo no puedo más. Sin embargo, Joanna insiste en que tengo que probar también la *szarlotka*, que, por lo que me explica, es una tarta de manzana típica. Aunque estoy a reventar, a una tarta nunca se le dice que no o, por lo menos, yo no lo hago. Total, que al final decidimos pedir una ración para compartir, aun a riesgo de salir rodando del restaurante.

La *szarlotka*, a simple vista, no tiene nada de particular. Sin embargo, de alguna manera, su sabor me transporta a mi infancia, a los

domingos en casa de mi abuela, que solía hacer tarta de manzana. El caso es que está riquísima. El contraste entre la manzana caliente y el helado de vainilla que la acompaña hace que este postre sea mucho más interesante de lo que me había imaginado.

Mientras nos comemos la tarta, Joanna me explica algunas cuestiones sobre el funcionamiento de la empresa en Polonia, la oficina y mi trabajo. Insiste mucho en que le pregunte cuando tenga alguna duda y en que, en general, la gente es muy amable y simpática, pero que hay una persona un poco especial.

—¿A qué te refieres con «especial»? —pregunto un tanto preocupada, porque ese adjetivo me aclara más bien poco de qué estamos hablando.

En la categoría de «especial» entra cualquier cosa, desde una persona que siempre va vestida con lentejuelas de la cabeza a los pies hasta alguien que guarda un machete en el cajón de su escritorio y, de repente, un día empieza a matar gente. Espero que se trate de la primera opción, y eso no tiene nada que ver con que me encanten las lentejuelas. He puesto ese ejemplo al azar, como podría haber dicho cualquier otra cosa.

Afortunadamente, se trata de una empresa tecnológica y no de una fábrica de machetes, que puede ser un dato banal para mucha gente, pero a mí me tranquiliza sobremanera. De haber algún ataque, mejor que sea virtual y no *La matanza de Texas*.

—No debería decirte esto para no asustarte nada más empezar —contesta Joanna—, pero hay una persona que...

Me quedo mirándola con los ojos muy abiertos, esperando la continuación de esa frase y cruzando los dedos para que no sea «...mató a alguien de la empresa» o «...mató a alguien» en general, porque como sea «...que es especial» no me recupero de la decepción ni en mis próximas diez reencarnaciones.

—A ver —continúa por fin, después de unos segundos que se me hacen eternos. El viaje desde el falso aeropuerto de Varsovia,

en comparación con esto, no es nada—, te lo cuento, pero no se lo digas a nadie, por favor.

—Claro, no te preocupes —respondo—. Además, no conozco a nadie. ¿A quién se lo voy a decir?

Joanna asiente antes de continuar su misterioso relato:

—Hay una persona que siempre pone pegas a todo. Dice que acepta propuestas, pero la realidad es que al final solo las suyas le parecen válidas —me explica con cara de circunstancias—. Si hace lo mismo contigo, que sepas que no es nada personal, sino que simplemente es así.

Pues tampoco es tan grave, ¿no? Joanna tiene una facilidad asombrosa para que el hecho más corriente —porque gente así hay en todos lados, y a mí se me ocurren varios ejemplos tanto en el trabajo como en la familia— parezca una tragedia griega. Yo creo que con ignorar a esa persona ya está.

—Vale. Entonces creo que lo mejor será que me mantenga alejada de ese señor —digo convencida.

Joanna me mira sorprendida.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —pregunta al fin con curiosidad.

—Ha sido intuición —respondo intentando restarle importancia—. Además, el número de hombres es muy superior al de mujeres en nuestro sector. Estadísticamente, había muchas más probabilidades de que fuera un hombre. ¿Y quién es, entonces? —continúo—. Espero que no coincidamos mucho. ¿En qué departamento está?

—Ese es el problema, Ona —responde Joanna—. Es tu jefe.

